

LA QUINTA VISITA DE JUAN PABLO II A MÉXICO. APUNTES Y REFLEXIONES

Leopoldo Cervantes-Ortiz

1. Antecedentes

Instaladas como un ritual llevado a cabo periódicamente, las visitas de Juan Pablo II a México han constituido una especie de episodios donde la catarsis colectiva, tan necesaria en tiempos de crisis, se realiza puntualmente. Desde la primera vez, en 1979, hasta la cuarta, 20 años después, las incursiones del Papa en México han estado marcadas por el ritmo político, pues si las dos primeras ocasiones el Papa pisó tierras aztecas sin que las iglesias tuvieran personalidad jurídica ante el Estado, en las siguientes oportunidades ha formado parte de la ola de triunfalismo producida por los cambios constitucionales en materia religiosa, aprobados en 1992, año de la tercera visita.

El más reciente viaje a México (30 de julio al 1 de agosto), entonces, tuvo como marco el furor, cada día más débil, por el cambio de régimen presidencial, luego de más de 70 años de gobiernos priístas. Con un presidente abiertamente católico, quien lo visitó en el Vaticano hace pocos meses, aparentemente el impacto del viaje sería mucho mayor, máxime que ahora el Papa venía expresamente a canonizar a Juan Diego Cuatlatotzin, un indígena cuya existencia, real o ficticia, está ligada para siempre a la imaginería guadalupana. También beatificaría a los mártires de Cajonos, del estado de Oaxaca, quienes recibirían este honor por haber denunciado ante la Iglesia, en la época colonial, las prácticas *paganas* de sus hermanos de raza.

Meses atrás se desató un fuerte debate sobre las implicaciones de la canonización de Juan Diego, un personaje a quien las fuentes históricas no respaldan lo suficiente. Ello haría que su ascenso a los altares fuera, más bien, un montaje institucional encaminado a reivindicar tardíamente a los indígenas mesoamericanos y de todo el continente.

2. La pregunta por el Estado laico

Lo primero que captaron los reflectores, además de la cantidad de invitados especiales provenientes de todos los sectores, fue la actitud de Vicente Fox, quien junto con su esposa, acudió al recibir al Papa: se postró para besarle, piadosamente, la mano. El morbo se alimentó al ver a *la primera dama*, sentada en el estrado junto al Papa, a sabiendas de que su matrimonio civil,

en segundas nupcias, no es reconocido por la Iglesia Católica. Cuando estuvieron en Roma, tuvieron que visitar al Papa por separado, pero como en esta ocasión todo estaba sucediendo en México, el protocolo se impuso y la señora Martha Sahagún se desvivió para atenderlo.

Más allá de la elección personal de su confesión religiosa, a Fox se le olvidó que es presidente de un Estado laico. Muchas voces, sobre todo las eclesiásticas, se alzaron para minimizar la acción, otras más insistieron en recordar el pasado liberal del país y en señalar que, aun cuando era comprensible que Fox buscaba levantar su popularidad, semejante conducta exacerbaría los ánimos de la derecha tradicional, que la vería con muy buenos ojos y soñaría, de nuevo, con recobrar algo de su influencia perdida. A lo anterior se sumó luego la expectación por saber qué integrantes del gabinete estarían presentes en la ceremonia de canonización de Juan Diego. En los días previos, los organizadores hicieron pública la lista de invitados oficiales, entre quienes figurarían empresarios prominentes, gobernadores y políticos prominentes. Finalmente, Fox estuvo presente, junto con una buena cantidad de sus colaboradores. Como una réplica de lo hecho por él, Arturo Montiel, gobernador priísta de la entidad donde nació Juan Diego, se arrodilló junto con su madre ante el Papa y, luego de besarle la mano le entregó unos regalos.

La vieja herida histórica volvía a supurar: el esfuerzo de la generación liberal del siglo XIX que obtuvo la libertad de cultos y la complicadísima separación entre la Iglesia y el Estado quedaba de nuevo en entredicho. Fox argumentó que no había nada de qué avergonzarse y el subsecretario de asuntos religiosos hizo malabarismos conceptuales para distinguir entre la acción pública y las convicciones privadas.

3. Los medios y la papolatría

El inclemente bombardeo de algunos medios, especialmente las dos principales televisoras, a las que algunos periodistas calificaron de promotoras de la papomanía o papolatría superó todas las expectativas. Los conductores, acompañados de los sacerdotes habilitados como cronistas especializados, competían con éstos en la tarea de convertirse en “misioneros electrónicos”. El seguimiento, paso a paso, de todas las actividades papales no dejaba respiro para analizar o detenerse a pensar en lo que estaba sucediendo, sobre todo porque en esta ocasión la presencia de Juan Pablo II sería sumamente breve. El enorme sacrificio que le significaba hacer un viaje tan largo, era reiterado machaconamente. Sólo en los medios impresos se pudo comenzar a hacer un balance más medido y, especialmente, desde *La Jornada*, Bernardo Barranco esbozó algunos cuestionamientos hacia el manejo institucional, gubernamental y religioso, de la visita.

En ese sentido, se dio un enorme contraste entre dos emisoras marginales y las televisoras mencionadas: una oficial, el Canal 11, y otra privada, el Canal 40, que contaron con la participación de Roberto Blancarte y Barranco, quienes iban siguiendo las transmisiones de las dos ceremonias principales acotando con sus observaciones críticas algunos de sus múltiples aspectos. Por ejemplo, Blancarte, al comentar la *limpia* chamánica de la que fueron objeto el Papa y los obispos presentes, no dejó de llamar la atención hacia la gran diferencia existente entre la primera y la segunda ceremonias. El 31 de julio, en el acto principal, la presencia de los políticos y jerarcas eclesiásticos encontró un gran contrapunto con lo sucedido un día más tarde, cuando quienes se hicieron presentes en la beatificación de los mártires oaxaqueños indígenas fueron precisamente los contingentes representantes de diversas etnias del país. Coincidentemente, en esta segunda ocasión se llevó a cabo una celebración de la Palabra, a diferencia de la gran misa con que se canonizó a Juan Diego.

Naturalmente, no faltó quien advirtiera, desde antes del fin de la visita, acerca de la enorme superficialidad que implicaba la explosión anímica manifestada por las multitudes en las calles por donde pasaba el Papa. Muchos se anticiparon para decir que el furor religioso sería demasiado efímero. Y dicho y hecho. El colofón mismo de la visita, estimulado nuevamente por los medios consistía en un recurso del más puro *kitsch* para despedirse del Papa: había que salir a la calle con un espejo en la mano para lanzar el reflejo, de modo que él pudiera verlo desde su avión. Comenzaba ya la resaca...

4. Inculturación y cristianismo

Ante los recientes sucesos que han cimbrado a buena parte de la Iglesia Católica en el mundo, y considerando que América Latina es el continente que se descatoliza a mayor velocidad, intentar un balance de esta quinta visita a México no resulta nada fácil, sobre todo ante su cercanía. Por ello, tal vez acudir al tema de la inculturación pueda ser un buen punto de partida para reflexionar. Y es que, si algo está en juego en estos años de reivindicaciones socioculturales, es precisamente la forma en que el Evangelio cristiano puede seguir arraigando en ambientes marcados por religiosidades ancestrales y, ciertamente, muy vivas. De modo que suponer que la canonización del primer santo indígena americano es, apenas, un pálido símbolo del encuentro violento entre el cristianismo hispánico y las culturas originarias de este continente.

La inculturación seria, humilde y responsable, representa, quizá, el más grande desafío para la religión cristiana, que tantas veces ha incurrido en el pecado de la soberbia, contraponiéndose a

las demás manifestaciones de lo religioso como *la mejor de las religiones*. El diálogo interreligioso obliga a quienes participen en él a abandonar las posturas fundamentalistas y sentarse a la mesa con una fuerte disposición para aprender. Si la Iglesia Católica recientemente ha optado por pedir perdones históricos a causa de sucesos que ya no tienen remedio, junto con las demás tradiciones cristianas tiene la oportunidad, hoy, de situarse al lado de los pueblos originarios para acompañarlos, verdaderamente en su camino de redignificación y resignificación. Ambos procesos, en los que el cristianismo puede aportar su especificidad espiritual, servirán para que la fe tan viva en este continente alcance, por fin, su eficacia histórica, largamente acariciada por núcleos que desgraciadamente siguen siendo muy minoritarios.